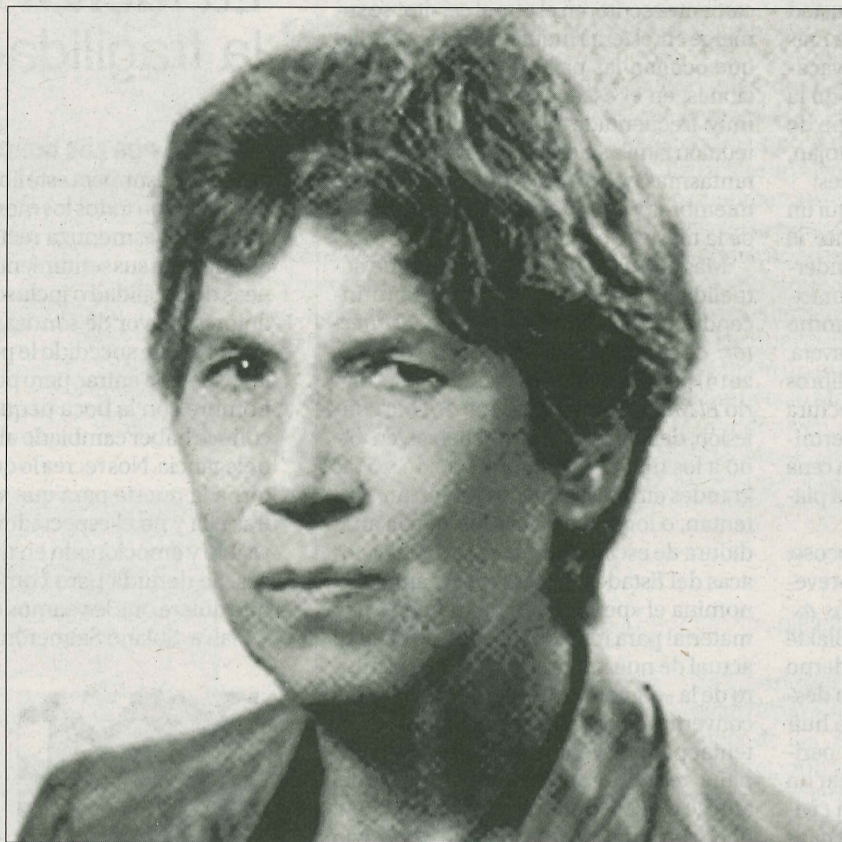


## El árbol de la vida



# Las pequeñas virtudes

**LEER LAS PEQUEÑAS VIRTUDES** es como asomarse al trayecto biográfico de su autora, Natalia Ginzburg, entre 1944 y 1962, porque es precisamente este arco cronológico el que traza el libro a través de una serie de ensayos que rezuman belleza y melancolía a partes iguales. Sabemos, pues, que a principios de los años cuarenta, a modo de refugio, la autora residió en los Abruzos. La nostalgia del exilio en un pueblo cercano a Aquila, mientras se desarrolla la guerra, induce a Natalia Ginzburg a retratar el aislamiento invernal, las costumbres ancestrales de las gentes, los paseos por la nieve, las estufas de las casas, los canalones rotos.

Acompañada de su marido, Leone Ginzburg, y de sus hijos, la autora tiene la sensación de atravesar la mejor época de su vida en tanto se despliega el otoño en los Abruzos. Pero poco después, en 1944, se produce la muerte de su marido a manos de los nazis. Y entonces llega el sufrimiento. Los ensayos que escribe en Roma, finalizada la guerra, traducen el dolor que sacude a la escritora, son reflejo de la angustia que la atenaza. Natalia Ginzburg nos muestra la

situación de miedo e inseguridad en que se encuentra su generación, apegada a la realidad. Es como si su generación fuese incapaz de superar los desastres del fascismo y de la guerra.

A finales de los cuarenta, la escritora parece encontrarse con las suficientes fuerzas para escribir sobre su

trabajo, consciente y orgullosa, sabedora de que no puede y no sabe hacer otra cosa, y sabedora también de que cuando no escribe se siente invadida por una extraordinaria nostalgia. Nos hace partícipes de cómo se desliza la escritura, cómo pasa de la ingenuidad poética de la adolescencia a la ironía y perversidad de los cuentos de su juventud. Traza la trayectoria sentimental que le une a su oficio, la forma en que la alegría y el dolor inciden sobre la escritura.

«Mi oficio es escribir historias», nos recuerda. «Éste es mi oficio y lo haré hasta mi muerte».

A principios de la década de los cincuenta, angustiada por el silencio de nuestro tiempo, por la soledad, por la falta de diálogo, Natalia Ginzburg hace un recorrido conmovedor por las fluctuantes relaciones humanas, por el ansia de misericordia, por la ternura y el dolor que invaden nuestras vidas. La melancolía y la tristeza de Turín se reflejan en el retrato de Cesare Pavese. La contenida emoción con la que Natalia Ginzburg escribe el retrato de su amigo deja al descubierto la amistad que lo unía a Pavese. La niebla y el río configuran el paisaje de la ciudad y parecen adheridos a Pavese como el recuerdo de una época.

Una vez asentada en Londres con su segundo marido a principios de los años sesenta, Natalia Ginzburg, al tiempo que escribe un emotivo retrato de su marido, reflexiona, con ironía, sobre la melancolía del pueblo inglés, sobre la tristeza que desprende Inglaterra, que se traslada a la comida, a la bebida, a los restaurantes, mientras la inteligencia y el buen gobierno no se visualizan ni en las calles ni en la vida diaria de la capital londinense.

Obsesionada, sobre todo, por la educación, Natalia Ginzburg se lamenta de nuestra tendencia a enfatizar las pequeñas virtudes, que tratan de engrandecer el papel del dinero, el afán de propiedad o el deseo de éxito, mientras quedan en un segundo término las grandes virtudes, que son, en definitiva, las que deben alimentar el espíritu de los jóvenes, desde el amor al prójimo y la generosidad al deseo de saber o el amor por la verdad.

Ni que decir tiene que la lectura de *Las pequeñas virtudes* genera un extraordinario amor a la vida y a la literatura.



Pedro Amorós

## COMPLICIDADES

Carlos Marzal



# Cincuenta años de Tusquets

**R**ecibí el premio literario de publicar por primera vez en Tusquets Editores, porque no recibí un premio literario. Aclararé esta elemental paradoja de inicio. Me había presentado al Premio Loewe del año 1995, con una primera versión de un libro de poemas que se llamaba *Los países nocturnos*. El libro estuvo en la final, pero el premio lo ganó, con todo merecimiento, mi amigo Alejandro Duque Amusco. Pero el caso fue que mi poemario gustó a algunos miembros del jurado (a Francisco Brines, sobre todo), y a algunos amigos lectores que conocían el manuscrito (a Felipe Benítez Reyes, en especial), y le insistieron a Antoni Marí, director de la colección «Nuevos Textos Sagrados», de Tusquets, para que lo conociese. Toni hizo una lectura generosa de mi poemario y decidió que pasaría a formar parte del catálogo de la editorial.

Aquella carambola del destino me enseñó, en propia carne, la exactitud de ese axioma de mesa camilla que afirma lo siguiente, con cierto aire de receta de cocina, mitad estoica, mitad de fusión oriental: «El camino hacia lo mejor pasa a menudo por el paisaje de lo peor, pequeño saltamontes». Por aquellos días ya se fraguaba en mí la inclinación gastronómica hacia el sushi, el sashimi y toda la poética tepanyaki.

Para el joven mitómano que yo era en aquel tiempo (y que no he dejado de ser, al menos por lo que respecta a las mitomanías), la Editorial Tusquets representaba un territorio de ardientes ensoñaciones literarias. Era la casa de Vargas Llosa, de García Márquez, de Kundera, de Ribeyro, de Gil-Albert, de Bataille. Me había educado sentimentalmente con sus «Cuadernos ínfimos», con sus relatos evangélicos de «La sonrisa vertical», con su colección de novela. De modo que ingresar en aquella cuadra me causaba, al mismo tiempo, un secreto orgullo de cumplimiento infantil, y un cierto terror pánico de obsequio inmeritado.

Fue Beatriz de Moura, la gran sacerdotisa, quien se encargó de disipar todos mis miedos, la primera vez que la vi. Fue en el precioso despacho que tenía en el jardín de la sede de Iradiers (y que para mí será siempre la sede de Tusquets, por más sedes diferentes que la editorial tenga). Había ido a Barcelona para hacer promoción de *Los países nocturnos*, había cenado con Juan Cerezo y otros amigos de la editorial, y había trasnochado y bebido con la insensata virulencia valenciana de la que somos capaces los nacidos en la ciudad de Mío Cid Rui Díaz. Cuando entré tembloroso en su despacho, Beatriz (que era para mí, como para todos los escritores en su sano juicio, la musa cultural de las fotografías de Colita) me diagnosticó en cuatro segundos: «Tú lo que tienes es resaca. Necesitas una cerveza urgente». Y me hizo traer un tercio bien frío. Desde entonces, mi corazón es tusquetiano.

El catálogo de Tusquets no es un catálogo de libros: se trata de una forma de observar el mundo a través de los libros que figuran en su catálogo. Los grandes editores literarios tienen como verdadera vocación el acto de ingresar en la intimidad de sus lectores: como la música, como los viajes, como el amor.

## SOLAPAS



STEFAN ZWEIG  
**Magallanes. El hombre y su gesta**  
 CAPITÁN SWING

► Con su prosa fluida y elegante, Zweig narra la experiencia de Magallanes como una gran novela de aventuras, en el que sigue siendo el relato más bello sobre este viaje. Cuidadosamente documentada, la reconstrucción de su hazaña es un brillante cuadro de las condiciones económicas y políticas a comienzos del siglo XVI, y rinde tributo a la hazaña de un genio apasionado, que con unos insignificantes barcos dio la vuelta al globo, demostrando por primera vez su redondez.